¡31 DE AGOSTO DE 1813!

No bien terminaba el combate cuando comenzaron los horrores del saqueo. Por fortuna habia en la Plaza pocas mujeres; pero aun hoy mismo no puedo pensar, sin estremecerme, en la suerte que debieron correr.

Todas las casas se saquearon, se rompieron todos los muebles, las iglesias fueron profanadas, se hicieron añicos las imágenes, se despedazaron los toneles de vino y de aguardiente, y las tropas, enardecidas ya por el calor de la lucha, perdieron por completo la razon, bajo el poder de la embriaguez.

El órden y la disciplina se perdieron; los oficiales no tenian autoridad alguna sobre sus subalternos que, muy al contrario, imponian á aquellos su voluntad. Algunos perdieron probablemente la vida al tratar de encaminarlos de nuevo hácia el sentimiento del deber.

Habia llegado la noche, pero la llama de las casas, que se incendiaban unas tras otras, disipaba la oscuridad. En la mañana del 31, San Sebastian *era todavía una de las poblaciones más limpias y bonitas de España;* mucho ántes de las doce de la noche no era más que un monton de llamas, y á las once del dia siguiente solo quedaban cenizas humeantes.

Siendo las casas altas como las de la vieja ciudad de Edimburgo, y las calles rectas y estrechas, el fuego corria por ellas con extraordi-

naria rapidez. Hiciéronse algunos esfuerzos, al pronto, para tratar de apagar el incendio, pero se vió en seguida que eran inútiles, por lo cual nadie pensó sino en huir personalmente de su violencia.

Todo el mundo pasó de unas casas á otras, hasta que no encontrándose ninguna útil para prestar abrigo, la gran mayoría de los soldados no tuvo otro recurso que las calles.

El espectáculo que estas presentaban era en verdad repugnante. Vivísima luz, cayendo sobre ellas desde las casas incendiadas, dejaba ver montones de muertos, de moribundos y de soldados borrachos, mezclados entre sí. Alfombras, ricas tapicerias, cortinajes, camas, vestidos, una acumulacion de objetos de precio estaban esparcidos al azar sobre el suelo manchado de sangre. Y nuevos objetos caían continuamente desde las ventanas, hiriendo á los que se encontraban abajo.

Veíase aquí á un soldado borracho rodeándose la cabeza con cadenas de reló, arrojándolas en seguida contra la pared; allá otro, más previsor, llenaba el pecho de objetos que suponía valiosos. Más léjos un grupo hacia rodar ante si, con ruidosas exclamaciones, un tonel de vino ó de aguardiente que, con rapidez increible, quedaba taladrado primero y vacío despues.

El murmullo de las conversaciones mezcladas con risas, el grito ronco de la borrachera, los gemidos y sordos ayes de los heridos y el interminable mugido de las llamas formaban tal concierto, que el que lo oyó una vez no podrá olvidarlo nunca.

. . . . . .

El 15 de Setiembre, deseoso de examinar el estado actual de una Plaza que se habia defendido tan tenaz y vigorosamente, monté á caballo, acompañado de cuatro amigos, y nos dirigimos, al romper el dia, á visitar á San Sebastian.

El lector creerá fácilmente que habiendo pasado los mejores años de mi vida en medio de escenas de violencia y de carnicería, he tenido que asistir á repugnantes espectáculos, pero jamás volveré á ver pintura más horrible de la guerra, con sus más negros colores, que la que nos ofrecieron entónces San Sebastian y sus alrededores.

El puente levadizo habia caido atravesado en el foso; las puertas

estaban arrancadas de sus goznes; una yacía en tierra, la otra apoyada á la pared, y nuestros pasos, cuando atravesamos la bóveda, resonaron melancólicamente.

No bien traspuesta, nos encontramos en la entrada de lo que habia sido calle principal de la ciudad. No quedaba de las casas más que los muros exteriores, que parecian de uniforme altura. La calle estaba obstruida por montones de ruinas, entre las cuales se veian esparcidos fragmentos de utensilios de cocina y de prendas de vestir, mezclados con sombreros, equipos militares, bombas, pedazos de muralla y proyectiles.

Nuevas señales del drama que se habia verificado últimamente, se mostraron á nuestra vista en forma de cadáveres, cuya putrefaccion infestaba el ambiente con la pestilencia más horrible.

Recorrimos la ciudad sin encontrar en ella más que seis séres humanos. Su traje y su miserable aspecto nos hicieron suponer que eran habitantes que se habian salvado del asalto. Su mirada era vaga y dura y registraban las ruinas como si buscasen entre ellas cuerpos de parientes degollados.

Desde las calles nos dirigirnos hácia la brecha, donde nos esperaba un espectáculo horrible. Estaba cubierta, literalmente cubierta de fragmentos de cadáveres, y parecia evidente que no se habia hecho un serio esfuerzo para enterrarlos. Supe más tarde que los españoles á quienes este servicio se habia confiado, trataron de quemar los cuerpos en lugar de sepultarlos; de ahí aquellos troncos y miembros medio consumidos por el fuego y de donde se exhalaban espantosas emanaciones.[1]

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(1) *De San Sebastian á Bayona, diario de campaña de un Oficial subalterno del ejército de Wellignton,* 1813-1814. Tal es el titulo de la interesantísima obra que traducida del inglés por M. Guiard. acaba de publicar en lengua francesa la Libreria Lamaignere, de Bayona, y de la cual he traducido estos párrafos.